

MERCADO NOHUICHANA

Anécdotas de parteras y migrantes en la ciudad

Nandi Carmona • Isabel Akbál

Ilustraciones

Daniela Michell Hernández Vázquez







Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas

Lic. Adelfo Regino Montes

Director General del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz

Coordinadora General de Patrimonio Cultural y Educación Indígena

Itzel Maritza García Lincona

Directora de Comunicación Social

Mercado Nohuichana

Anécdotas de parteras y migrantes en la ciudad

Nandi Carmona Cárdenas

María Isabel Domínguez López

(Isabel Akbál)

Ilustraciones

Daniela Michell Hernández Vázquez

Corrección de estilo

Diego Rivera Hernández

Edición

Corina Ramírez Hernández

Coordinación

Norberto Zamora Pérez

México, 2021



¡Hola!

Te doy la bienvenida al **Mercado Nohuichana**, en este hermoso lugar podrás encontrar frutas, verduras, artesanías y algunas cuantas hierbas para té, entre muchas otras cosas. La gente que trabaja aquí más que ser compañeras y compañeros son una gran familia.



A veces, cuando nos vemos al espejo no nos damos cuenta que somos un mosaico de saberes que se ocultan en un montón de historias dispuestas a sorprendernos, así me pasó a mí cuando conocí este lugar. Algunas personas dicen que no hay casualidades sino causalidades, ¿habías escuchado acerca de la causalidad? Según su significado es la relación entre una causa y su efecto, es decir, hay decisiones pequeñas que tomamos a lo largo de la vida que nos llevan a vivir sucesos que tienen un resultado en específico.

Quizá por eso llegaste aquí. A mí me quedó claro eso hace un par de años, justo el primer día que visité este mercado. Estaba embarazada, los médicos me habían dicho que en pocos días iba a dar a luz, por lo tanto, me encontraba con licencia médica en el trabajo. Pensaba quedarme todo el día acostada pero mi bebé quería salir a caminar, sentí un impulso muy claro y me eché a andar. Era una mañana con un sol cálido que me abrazaba, mientras caminaba me acordé de los recorridos que hacía de niña con mi abuela por el campo recolectando flores y hierbas. Un olor a tamales interrumpió mis recuerdos, estar embarazada es como tener dos narices, cuatro ojos y veinte dedos ¡los sentidos se agudizan!

Mercado Nohuichana, leí en la entrada y comencé a caminar entre los puestos para encontrar de dónde provenía ese delicioso aroma. Cuando

me detuve para buscar con la mirada, una niña pasó saltando y tarareando de alegría hasta conseguir que mi vista se dirigiera a un puesto en particular. Estaba lleno de telas con bordados, unos cuantos huipiles y muchos juguetes artesanales, al verlos sentí cómo mi bebé dio una ligera patadita y entendí que quería ir a aquel lugar.

Me acerqué al puesto, todo se veía aún más hermoso de cerca, me quedé hipnotizada. Parecía como si aquellos mantos estuvieran llenos de magia y sus bordados danzaran al compás del organillero que tocaba en la entrada del mercado. El puesto se observaba vacío, pero me animé a saludar dando los buenos días para ver si alguien me daba respuesta.

—Buenos días, —contestó una voz desganaada que provenía de la parte de atrás de uno de los mantos, —¿qué precio tiene este huipil? —pregunté. Una señora ligeramente mayor que yo salió del local para poder observar a cuál me refería, y contestó —ese está en trescientos pesos —y volvió a adentrarse en su puesto sin verme. —¿Y si me llevo tres, me puede hacer un descuentito?—.

Después de esa pregunta, la señora dirigió su vista por primera vez hacía mí, su expresión y voz cambiaron completamente, se plantó firme en ambos pies y me contestó de una forma golpeada —¿sí sabe que este material le va a durar mucho más? Ya no se aprecia la calidad, no, aquí

no hacemos descuentos—. Al terminar de hablar me dio la espalda y comenzó a acomodar unos cuantos juguetes en los estantes que tenía al fondo, en ellos se podían apreciar varios animales de tela: jirafas azules, jaguares rosas y un león con cuerpo morado, cola naranja y una melena despeinada de colores.

Unas muñecas pequeñas llamaron por completo mi atención, —¿me puede mostrar la muñeca colorida que tiene ahí arriba? La de turbante azul, —volví a preguntar mientras apuntaba con mi dedo a cuál me refería. —Se llaman quita penas, —comentó mientras bajaba la muñeca y me la entregaba.

Llevaba días sintiendo nostalgia, vivo sola y nadie de mi familia estaría en el nacimiento de mi bebé. Al tomar aquella muñequita entre mis manos fue como viajar al futuro, pude ver cómo le contaba a mi hijo historias que mi abuela me había compartido con ayuda de aquellos juguetes.

Cuando menos me di cuenta, ya le había dado vida a aquella muñeca a través de mi voz, después la puse sobre el leoncito y saltaron de mi mano para irse a pasear por los campos de flores bordados en aquellos mantos chiapanecos. Todo parecía mágico, hasta que una voz interrumpió mi imaginación.



—¿Va a querer la muñeca o la guardo? —dijo la mujer fastidiada. —Sí, voy a comprarla —contesté, —pero también quiero todos esos juguetes, por favor—. Estaba segura que eran los indicados para mi bebé, ya que había sido la razón por la que llegué hasta ese puesto. Por un momento creí que la señora se pondría contenta por haberle hecho una gran compra, sin embargo, la note dudosa y desconfiada, —¿a poco sí? ¡Mmm! Son mil ochocientos pesos—.

¡Mil ochocientos pesos! Pensé, era obvio que me había emocionado eligiendo muchos de sus juguetes, pero me gustaron todos. —¿Acepta tarjeta? —Pregunté, pero antes de recibir respuesta la señora hizo un gesto burlón contestando de la misma forma—. Deberás que con usted no se puede, no ceñito, no acepto tarjeta—.

Sabía que sólo contaba con quinientos en efectivo, así que le propuse dejar como apartado esa cantidad mientras iba al cajero a sacar el resto. La mujer con una mueca de desapruebo aceptó mientras guardaba los juguetes en una caja.

¿Alguna vez has sentido que alguien te observa de lejos? Aquella ocasión pude percibir que alguien veía en nuestra dirección y al voltear me di cuenta de la presencia de la niña por la que había puesto mi atención en ese lugar, su expresión se puso triste al ver cómo guardaban el león

colorido en la caja. Decidí hablarle y le propuse que, si me ayudaba a cargar la caja, ya que a mí me resultaba difícil, podría quedarse con el juguete que quisiera.

Ella accedió con una gran sonrisa en su rostro y a causa de la emoción tomó la caja, —¿A dónde con tanta prisa chamaca? —dijo aquella mujer de manera exaltada y antes de que le pudiera explicar comenzó a alzar la voz. —¡Pues cara de que me vio! No es la primera vez que alguien trata de pasarse de listo, si en eso no quedamos, usted no se lleva los juguetes hasta que no los pague. Aquí sufrimos de abusos, la gente viene y nos roba, creen que no nos damos cuenta—.

—¿Acaso me está llamando ladrona? —pensé en ese momento, comenzando a sentir como se me iba toda la sangre a la cabeza. Estaba sorprendida, trataba de explicar que yo no le iba a robar y que toda aquella situación había sido un malentendido, pero la mujer no dejaba de subir el tono de voz, así que poco a poco yo había empezado a hacer lo mismo.

De pronto, escuché una dulce voz que me generó una paz que se extendía por todo mi cuerpo. Al voltear, una anciana me abrazaba con su simple presencia, estaba junto a la pequeña niña que se había quedado en silencio con una expresión de no saber qué hacer.

—Mi nombre es Elizabeth, soy abogada y me especializo en derechos humanos, —mencioné. Yo siempre he luchado por defender al otro; “mi casa es tu casa” decía mi abuela. El mundo es nuestra casa y saber que está lleno de injusticias me duele, creo que las leyes existen para protegernos de nosotros mismos porque a veces no es suficiente la palabra para confiar en el otro.

La mujer que atendía el puesto en la anécdota es tía Carmela, conforme la fui conociendo me di cuenta que tenía razones para desconfiar y que a causa de ello se había vuelto una persona con carácter fuerte, valiente y sobre todo dedicada a su trabajo. La admiro, de eso no hay duda.

¿Quieres saber cómo llegó a ser mi tía? Te llevaré con ella más tarde para que te cuente... no, no te asustes, te prometo que no te va a gritar. ¿La niña? Su nombre es Ixel, a ella también la conocerás después, se ha convertido en la hermana mayor de Inda Jana, mi hija. Pero antes, vamos a conocer a mamá Amparo, la abuela que siempre sabe qué hacer, desde ponerle fin a una discusión hasta hacer posible que ese día todos volviéramos a nacer. ¿Me acompañas?



LA ABUELA DEL MERCADO

Te presento a mamá Amparo, la abuela de todos en el mercado. Bueno, no literal, me refiero metafóricamente. ¿Te acuerdas de tu abuela? Mamá Amparo es alguien que te cobija tranquilamente con la sabiduría de sus años, para ella el conocimiento cumple con su fin cuando se comparte. La he visto haciéndolo con gente de su comunidad, con personas de la ciudad, con niños, ¡bueno a veces hasta con las plantas!

Creo que todas y todos tenemos el derecho de aprender y qué mejor que hacerlo de nuestros mayores, aunque mamá Amparo dice que los niños también tienen cosas que enseñarnos. Por cierto, iré a recoger a Inda Jana a la escuela, así que me encontraré con ustedes más tarde.

Te quedas en buenas manos, aunque quizá para ti mamá Amparo es aún una desconocida, sin embargo, para ella no lo serás por mucho tiempo ya que tiene una capacidad de observación realmente asombrosa, incluso me atrevería a decir que mágica. Cuéntale mamá Amparo, cómo le haces para saber cosas sin verlas con los ojos.



Pásale, acomódate, ¿te gusta cómo huele? Son estas tremendas que siempre conquistan el olfato de los que nos visitan. Sabes, las mezclas de las flores y hierbas que tengo aquí armonizan el cuerpo, el corazón y el espíritu. Y es que no sólo con los ojos se puede ver el mundo, las plantas no tienen ojos ni orejas y ve toda la sabiduría que nos comparten.

Yo me dedico a las hierbas desde que llegué a la ciudad. Te puedo sugerir alguna deliciosa mezcla de té para que te sientas mejor. ¡La mera verdad es que es un oficio muy bonito! Cuando era pequeña, mi mamá siempre decía —tú sabes sentir muy bien Amparo, vas a ayudar a muchas mujeres —y es que desde chamaca tuve ese don de percibir las cosas, no sólo con un sentido, sino sintiendo todo a la vez.

Allá en la montaña no es tan difícil, pues la naturaleza te habla; estando acá, todo se vuelve más complicado. Pero, a pesar de eso, sentí el llamado de venir a la ciudad pues hay muchas personas que me ha encantado conocer, son sus corazones que al igual que el mío nos atraen a este mercado. Tú debes ser una de esas personas.

Antes no sólo me dedicaba a la herbolaria, también trabajé la partería, verás, al principio en mi comunidad no había médicos, así que nomás nosotras nos encargábamos de acompañar a las mujeres durante el parto. Después cuando hubo un centro de salud cerca del pueblo, las



regañaban si no iban con ellos. Un día supe que darían cursos donde invitaban a las parteras, y yo que soy bien curiosa pues me animé a ir.

Al llegar me encontré a varias amigas del oficio, eso me hizo sentir tranquila, pero cuando comenzó el curso me sentí rara, incluso un poco incómoda, pues hacían cosas que nosotras desconocíamos y tenían herramientas que no habíamos visto antes. Conforme fueron pasando las horas nos dimos cuenta que podíamos aprender entre todos, ya que nosotras también les contamos nuestros propios métodos para recibir bebés de la manera más amorosa y segura posible. Resulta que el curso no era sólo para ir a aprender, sino para compartir nuestros conocimientos y así poder brindar un mejor trato a las parturientas.

Pero si vieras que ellas son las que me ayudan a mí, no puedo explicar la felicidad que siento cada que tomo a un recién nacido y se lo entrego a su mamá para que le dé su primer alimento ¡Uy! Hasta tengo una libreta con los nombres, tanto de las madres como de sus criaturas, y sí, aquí está el de Elizabeth e Inda Jana.

Por cierto, ya ni te platicué cómo conocí a Elizabeth ¿verdad? Fue como un llamado, como cuando canta el gallo y sabes que ya es hora de levantarte, así escuché el sonido de la pelea cuando terminé de despachar a una clienta, me levanté de mi asiento y me dirigí al local de Carmela.

¿Qué cómo le hice para que Carmela y Elizabeth dejaran de pelear? Pues es que ellas no se habían dado cuenta que tienen más cosas en común de lo que imaginaban; fíjate, ninguna de las dos se deja de la injusticia. Al llegar y ver el estado de Elizabeth supe la razón por la que había acudido a aquel lugar. Les propuse a ambas que yo cuidaría de las muñecas mientras Elizabeth iba al banco por el resto del dinero, sólo así acepto Carmela.

Antes de que Elizabeth fuera al banco la invité un ratito a mi puesto, se paró ahí, justo donde tú estás. Había algo en sus ojos que me hizo recordar cuando llegué a la ciudad, ¡cómo extrañaba los amaneceres de mi pueblo! Quizá ella también echaba de menos algo o a alguien, quizá se sentía sola. Por alguna razón algo en ella me resultó familiar.

Me dijo que era del Istmo y yo me sentí muy contenta de saberlo, pues ¡yo también soy de allá, de las hermosas tierras Oaxaqueñas! De la emoción le regalé un poco de ruda, muy buena para la lactancia si la madre ha estado estresada, pero debe tomarse con cuidado y sólo después del parto. También le di caléndula para recuperar los tejidos del pezón y ayudar al bebé en caso de rozaduras. ¿Tú sabías eso? ¿No? Bueno, ahora ya lo sabes.

A veces la gente se sorprende de cómo he aprendido a ver el mundo. Cuando vi a Elizabeth supe que tendría una niña debido al semblante de

su rostro y la forma de su pancita. —Seguro a tu niña le van a encantar los juguetes, —le dije. Ella se sorprendió porqué aún no conocía el sexo de su bebé, y desconcertada me preguntó. —¿Usted cómo sabe tanto? —.

Y es que las parteras no sólo estamos a la hora de recibir al bebé, acompañamos a la madre durante todo el embarazo, les damos masajes si lo requieren, ya sea para facilitar el parto o por si el bebé no viene en una posición adecuada. Es importante confiar en la sabiduría de nuestro cuerpo y recuperar ese poder en nosotras, pues parir dentro de un lugar amoroso es mejor para que las criaturas tengan un sano desarrollo. Sólo en caso de ser necesario canalizamos a la parturienta a un centro de salud, pues cada madre sabe cómo y cuándo parir, una no más las acompaña.

Yo creo que el bebé se emocionó con mis palabras. —Se movió, creo que le cayó bien. Mire, toque, —dijo Elizabeth, tomando mi mano y colocándola sobre su vientre. El tacto es otra manera de conocer el mundo, sobre todo para las parteras, así que, al colocar la mano sobre su pancita, comencé a masajear cuidadosamente con las yemas de mis dedos en distintos puntos. Como si mis manos tuvieran ojos pude conocer al bebé, su carita, su cuerpo, incluso sentí como el latido de su corazón se unían al de su madre y al mío formando una sola melodía, con ese ritmo, Ina Jana, se presentó ante mí. —Uy no, este precioso capullito ya va a florecer, —dije muy segura.

Seguimos platicando, resulta que Elizabeth es abogada y nos ofreció ayuda legal en caso de necesitarla. No sólo a mí, sino a cualquier integrante del mercado. La honestidad se asomaba en sus ojos por lo que le agradecí, —hace falta más gente así, a nuestras comunidades no llega tanta información y hay quienes se aprovechan, —mencioné.

En eso estábamos cuando se acordó de la deuda con Carmela, y ya se me quería ir corriendo al banco, —vete despacio mujer, con calma va segura el alma, —le dije. ¿Te imaginas correr con nueve meses de embarazo? Le pedí a Ixel que la acompañara, esa niña es tremenda, le encanta andar brincando de un lado a otro, así que no tendría problema en venir corriendo en caso de ser necesario.

Y dicho y hecho, no tenía mucho que se habían ido cuando llegó sacudiendo los brazos y hablando tan rápido que tuve que pedirle que se calmara para poder entenderla. Me preguntarás qué pasó, pues no, yo tampoco lo supe hasta que llegué al puesto de don Eliseo. Pero mejor que él te cuente esa parte de la historia. Ven, sígueme.



LOS HOMBRES RAYO

Ya casi llegamos sólo un par de locales más, está camino a la salida, es más desde aquí lo alcanzo a ver. Ahí está, justo enfrente del gran puesto de frutas y verduras, ¿me creerías si te dijera que él cultiva absolutamente todo? Obvio, con un poco de ayuda, pero sigue trabajando la tierra a pesar de su edad.

Mira, te presento a don Eliseo, este hombre a pesar de su discapacidad de una de sus piernas, es fuerte y trabajador, además de cargar todas las frutas y verduras que vende, también dispone del mejor ánimo de todos los que estamos aquí. Éste buen hombre le ayudó mucho a Elizabeth el día que vino por primera vez al mercado, recuerdo cómo se me puso bien contenta después de pasar un ratito juntos.

Tú no te preocupes, Elizabeth se encontrará contigo más tarde, mientras aprovecha y pon atención a la historia. Recuerda que todo momento es bueno para aprender, y a ti Eliseo te encargo a nuestra visita, nos veremos más tarde.



Esa Amparo, siempre ha sido buena pa' encargarme a la gente, no sabes, pero mejor no me adelanto y deja que te platique, ¿hasta dónde te ha contado ella? No pos sí. Imagínate que justito en frente de mi puesto se le rompe la fuente a Elizabeth, además de interrumpir mí concentración del grito que pegó, y así como pudo me pidió que le llamara una ambulancia.

Pos mientras trataba de llamar, que mando a Ixel por Amparo, seguro ella ya te contó que es partera. Esa mujer se las sabe de todas todas, siempre sabe cómo reaccionar en esas situaciones. Cuando regresó con Ixel me dijo que me llevara a Elizabeth a uno de los locales que no se usaban, en lo que ella iría por unas cuantas cosas y mandó a la niña con Carmela. Así que debí encargarme de que Elizabeth tratara de estar tranquila hasta que alguien que supiera qué hacer llegara, ¿ahora entiendes lo que te comentaba al inicio?

Hacía mucho tiempo que no estaba con una parturienta, la última a la que había acompañado había sido mi esposa y de eso ya van varios años atrás. Cuando a Elizabeth se le pasó el dolor de la contracción, pos que aprovecho y la puse a caminar hacía el puesto que había sido de doña Sara, así como Amparo había pedido.

En una de esas, que me acuerdo de unas respiraciones que hacía mi mujer cuando estaba a punto de parir, aunque acá entre nos, no estoy

muy seguro de que fueran las correctas. Le dije a Elizabeth que se agarrara de mí con confianza, que no se dejara llevar por mi apariencia porque, aunque tengo mala una pierna soy fuerte como un árbol.

¿Qué cuál es mi secreto? Pos es que no hay secreto, simplemente paso el tiempo con la tierra. Trabajar el campo es lo que más disfruto, si, no te creas, tiene lo suyo. Debe hacerse con respeto, ver y sentir las estaciones escuchando a la tierra, así uno sabe qué y cuándo sembrar. Uno debe aprender a aprovechar todos los recursos que nos brinda la naturaleza, recuerda que todo lo que viene de la tierra regresa a la tierra.

Como te decía, iba caminando con Elizabeth, tan sólo de recordar cómo le cambió la cara al ver el puesto me sale la sonrisa, con todo y la tensión que llevaba, por las ganas de Inda Jana de conocer el mundo. Mientras pensaba de qué otro modo podía seguir ayudando, Elizabeth buscando distracción preguntó: —¿entonces sigue sembrando?—.

No me hubiera preguntado de la siembra porque no se me para la boca, así que muy apasionadamente abrí el baúl de mis recuerdos y pos que me pongo a platicar mi realidad. Le dije lo que es, que ya me dedico muy poco a la siembra más de lo que yo quisiera para ser sincero. Ahora me ayudan un par de piones y a veces alguno de mis hijos. Cría cuervos y los ojos te van a sacar dicen, porque ahora sólo se la pasan diciéndome que descanse, que deje de trabajar la tierra.

¿Cómo voy a dejar de trabajar la tierra si no es sólo trabajo? Es amor, es lo que me mantiene fuerte y con vida, además si no lo hago yo nadie lo va a hacer. Ya ni a mis nietos les conozco las caras, na más se la pasan ahí con el celular, ya la juventud no está interesada en trabajar el campo. Si, me vine a la ciudad porque la vida así lo quiso. Deja que te cuente y hasta con la boca abierta te vas a quedar.

Verás, yo soy de tierra caliente. En mi pueblo hacemos una fiesta donde nuestra sangre guerrera es imán para atraer el agua, pos allá es pura siembra de temporal y verdad es que el autoconsumo no alcanzaba. Los *tlacololeros* somos señores del rayo, con el chirrión hacemos el llamado ¡y nos damos una tunda! Pos dependiendo de la sangre que caiga al piso es el agua que va a llegar, ¡híjole! No sabes qué divertida y ya con el mezcal, pos ya ni se siente.

En la última fiesta en la que participé, mi mamacita me dijo que se auguraban malos tiempos al ver poca sangre sobre el suelo. ¿Crees en esas cosas? Pos es que a uno se le olvidan sus raíces, ve lo importante que es escuchar a los padres y abuelos, porque mi mamacita tenía razón y además de que las aguas llegaron tarde, fueron pocas. El hambre también se hizo presente y la gente comenzaba a irse poco a poco, y que me manda mi mamacita a buscar a los hombres rayo que están por los volcanes del Valle de México, antes de que el pueblo quedará completamente vacío.

Pos que me vengo con todo y familia, casi llegando vimos a un señor caminando sobre la carretera con un bastón a pleno rayo del sol. Mi mujer y yo lo subimos a la camioneta y lo llevamos a su casa, su nombre era don Genaro, y pos le contamos nuestra historia. Al día siguiente me invitó a la montaña ¿y qué crees? Él era un hombre rayo o *granicero* como les llaman.

Me dijo que me andaba esperando, que le avisaron que iba ir y hasta por donde iba a llegar, no pos que pego el brinco al cielo como si estuviera yo bailando, y no del susto sino de la impresión. ¡Ay mi mamacita siempre tan certera!

Don Genaro era un hombre grande, dueño de un terreno donde se veía que había funcionado para la siembra en algún momento, así que con todo y mi pierna saqué adelante su milpa en forma de agradecimiento, ya que nos compartió su casa para quedarnos mientras podía darle una solución a la sequía de mi pueblo. Vieras tú lo mucho que yo sudaba trabajando la milpa ¡más que con los *tlacololeros*!

Un día voy viendo a don Genaro bien encaminado pa' la montaña, yo le pregunté si quería que lo acompañara, pero él dijo que no, que debía hacer un encargo. Pos no dije más, dicen que donde a uno no le hablan es mejor no meterse, así que continúe lo que andaba haciendo.

Ya en la tarde, que me marca mi mamacita toda contenta diciendo que había caído el agua. Ni siquiera dejé a don Genaro descansar cuando volvió de su caminata, pos de la emoción le conté lo que mi mamacita me había dicho, él sonriendo me dio las gracias. Yo no entendí, pero me dijo que si no fuera por mi él hubiera estado sin comer, y que me cae el veinte de todo, yo también le agradecí, porque don Genaro había regresado las aguas a mis tierras. Nos volvimos muy buenos amigos desde entonces.

Don Genaro me ofreció un pedacito de terreno pa' tener mi casita con mi familia, así fue como mis hijos ya se vinieron a la escuela por acá, ahora ya hasta formaron sus propias familias. A veces pienso que la sequía llegó para que yo pudiera ayudar a don Genaro, si las lluvias no hubieran faltado en mi pueblo nunca lo hubiera conocido, y yo creo que hasta el pobre se hubiera muerto de hambre, pos imagínate, poquito después de que yo llegué a sus tierras entubaron un río que el pueblo usaba pa' sembrar.

Todos los vecinos y amigos de don Genaro se quedaron sin agua, y él se sentía responsable por llevarla de vuelta, así que se iba solo a adentrarse pa' la montaña todos los días. Al final ese asunto no se arregló hablando con los guardianes de la montaña, sino con las personas que fueron a quitar el agua. Desde ese entonces, la siembra en esos rumbos

se ha vuelto casi nula, debemos esperar las lluvias y rentar pipas en caso de que estas se retrasen. Te digo, trabajar el campo tiene lo suyo, es para personas fuertes.

Aquel día, Elizabeth me demostró su confianza al ofrecirme ayuda en caso de que me encontrara en alguna otra situación donde necesitara apoyo legal, ella me hizo saber del derecho que tenemos los campesinos de hacer uso de los recursos del entorno donde vivimos y que son necesarios para el cultivo, además de que somos libres de tomar nuestras propias decisiones para poder trabajar la tierra, incluyendo nuestras tradiciones espirituales para la siembra.

Quizá yo supe eso tarde, pero ahora lo sabes tú, también me recomendó acudir al Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas, en caso de que se me presentara un nuevo problema, ahí trabajan para hacer valer los derechos de las comunidades indígenas. No pos me puse bien contento de saber que contaba con el apoyo de una buena persona como Elizabeth. Ya de agradecimiento que me pongo a darle una pequeña demostración de mis pasos de baile de tlacololero, así también la mantenía distraída en lo que llegaba Amparo para recibir bien a Inda Jana. ¡Claro que todavía me acuerdo de los pasos! ¿Quieres que te muestre alguno? Bueno cuando regreses te voy a enseñar a tronar el chirrión, quizá tú también puedas hacer rayos.



Por mi encantado, si vieras que inspirado andaba ese día hasta que Ixel dejó caer unas cajas y se empezó a reír y pos que me distrae, esa niña era tremenda cuando era más pequeña, con decirte que me decía don Verdurin, chamaca grosera. Aunque bueno, sabía perfectamente que no lo hacía con intención de molestar.

Poco después regresó Amparo y llegó Carmela con muchos mantos y... un momento, ¿ya viste a Carmela? No, entonces mejor no te cuento, cómo te voy a contar algo que me contaron y no viví. Ven, mejor te llevo con ella, ¿cómo que mejor yo te lo cuente? ¡Ah, no quieres que te regañe! No te preocupes, a pesar de que tiene un carácter fuerte sabe identificar a las personas de buen corazón. Vamos.

LA TEJEDORA DE PAISAJES

Pos sí, Carmela y Elizabeth tuvieron sus diferencias al principio pero ahora son familia, ¡uy deberías de ver cómo se ríen entre ellas cada vez que se acuerdan! Ellas dos son las que más nos cuidan de las injusticias y la gente aprovechada.

De Carmela a veces no más se escucha un grito y ya sabemos que debemos estar al pendiente. Gracias a esa mujer hemos evitado muchos robos, a ella no le da miedo encarar a las personas que creen fácil tomar cosas de nuestros puestos y echarse a correr. Y Elizabeth nos dio a conocer los derechos que ni por aquí se nos pasaba que existían, todo lo que sabe lo pone a disposición para ayudarnos y defendernos.

Bueno, la cosa es que ese fue el primer puesto que conquistó a Elizabeth y es que ¡cómo no! Visitar el puesto de Carmela es como treparse a una camioneta y echarse a andar por los altos de Chiapas, no es precisamente que teja los bosques o los cielos Chamulitas, si no que entre los colores, formas y texturas logra crear una parte del misterio que se esconde en los ojos de las personas de aquella región, uy no ¡hubieras visto qué bonito quedó el lugar dónde nació Inda Jani! con los mantos

de Carmela colgados alrededor casi se me figuraba como un temazcal. Pero eso ya te lo contará ella, mira ya llegamos.

Te presento a Carmela. ¿Ya te quedaste con la boca abierta, vea? Te dije que esta mujer era tejedora de paisajes ¡pero de los que llevamos por dentro! y eso que no has visto todo lo que tiene, ella hace todo a mano. No más no la interrumpas cuando está trabajando porque pierde la inspiración, y ahí si no te la acabas.

Pero pasale con confianza, ¡Carmela no muerde, eh! Yo me voy un ratito al puesto porque ya va a ser la hora de la venta fuerte, ya sabes que cuando salen de la escuela se vienen a comprar pa comer y no, pa que te cuento. En un ratito nos vemos.

Mmh... con qué conoces a Elizabeth. Bueno, esta bien. ¿Y por qué estás aquí? Ah ya veo. Claro que me acuerdo cuando vino Elizabeth por primera vez, seguro ya te contó nuestro encuentro. ¡¿Pues es que cómo iba a confiar en ella?! si caras vemos corazones no sabemos, hay gente que tiene el alma más negra y sucia que el asfalto.

Sí, y a ti te sigo vigilando no vaya a ser la de malas. Bueno, pero por suerte está Amparo, ella si ve más allá de los ojos, no'mbre esa mujer me ayudó a mejorar mi español, y sí qué me tuvo paciencia, pero yo no

soy así. Por eso en cuanto tengo un mal presentimiento con alguien, mis ojos negros se me afilan como cuchillas de obsidiana y... ¡¿Qué?! no te quedes así, te pareces a mi comadre Elizabeth, perdón que me ría pero es que ese día parecía que me había almorzado un alacrán y luego ella en su estado, ¡No'mbre!

Ya, a ver te sigo contando la historia, ¿en que te quedaste? si se puede saber. Mh... pues sí, llegué al local con un montón de mantos, los más gruesos que tenía. No sabía para que los quería Amparo así es que llevé de varios tamaños. Se me hizo bien extraña su petición y al verla de lejos en la entrada del puesto de doña Sara que le pregunto: -¡¿Qué pasa mujer por qué tantos mantos y con tanta prisa?!-.

Ni me explico nada, sólo me dió un par de instrucciones como suele ser su costumbre. Me dijo que cubriera las ventanas con ellos para no dejar pasar la luz, y después les pidió a Eliseo y a Ixel que la acompañaran, ¡sabrás tú por quien sabe que cosas! al final lo único que me dijo fue: -Carmela, nada de quejas.-

“¿De qué me tendría que quejar?” pensé, pero cuando voy entrando al local, no'mbre, voy viendo la cara de Elizabeth ya toda sudada y con el ceño fruncido. Y que pegamos el grito al cielo al mismo tiempo -¡¿Usted?!-, esa Amparo de veras que es buena para dar sorpresas.

Elizabeth había entrado a labor de parto y como pudo me hizo saber que no estaba contenta por estar con alguien que la había llamado ladrona, pero pues es que yo no me fío de la gente y menos con actitudes tan sospechosas como las que había tenido en mi puesto, -Si usted supiera lo que le ha pasado a gente de mi pueblo, no'mbre- le dije, pues yo no desconfío así como así.

-¿Usted de dónde es?- me preguntó, -¿No reconoce el trabajo? mjum ¡ya me dí cuenta!-. le contesté. Después de decir eso noté como se apenaba por aquella pregunta. ¿Tú sí sabes, verdad? Ay no pongas esa cara ¡es broma, hombre! Y ya pa calmarme y no molestarme más respire, y me puse a cumplir con lo que Amparo me había pedido.

¿Qué por qué desconfío tanto de la gente? Pues mira, no estás pa saberlo ni yo pa contarlo, pero una vez fue una muchachita a mi pueblo, y me compró de todo, tanto que hasta le dejé un descuentito, así igualito a como Elizabeth me había preguntado. Pues que me pongo toda contenta y orgullosa de que mi trabajo se había vendido. Y cuando la vida me trajo pa la ciudad, lo primero que veo en uno de esos edificios grandotes, es mi diseño ¿y sabes cuánto me pagaron? nada. ¡¿Ves?!

Le conté eso a Elizabeth mientras iba colgando los mantos ¡¿pues ya que me quedaba?! ya ella me recomendó registrar mi producto, dijo

que podía hacerlo sola o en colectivo, o protegerlos con derechos de autor. Pero si en algo salí buena ha sido en defender mi trabajo y el de mis colegas, si no te creas, en cuanto vi mis diseños que me pongo a investigar y junte a un par de compañeras con las que fuimos al Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial. Sí, al principio no sabía hablar bien el español, ya después Amparo me ayudó, pa que no me vieran la cara. Así fue como registramos nuestra marca en colectivo, no'mbre si nosotras no somos tarugas.

Cuando dije esto Elizabeth sonrió, quizá se sintió contenta de que defendiéramos nuestros derechos, aun así me ofreció ayuda por si la llegaba a necesitar, desde una asesoría hasta llevar mi caso. Yo le pregunté cómo podía confiar en ella, era difícil creer en la misma persona con la que hace apenas un rato había discutido.

-Porque quiero confiarles el nacimiento de mi bebé- contestó. No'mbre, en ese momento las cuchillas de obsidiana se me quebraron, y me fueron cayendo los recuerdos del nacimiento de mi último chamaco. Le tocó nacer acá en la Ciudad, yo todavía no hablaba español, cuando llegamos al hospital a duras penas me atendieron, pero pues no dejaron pasar a mi amá y tampoco a mi esposo.

Y pues que me dejan ahí acostada y sola, ya cuando de plano mi niño

quería salir, sin avisarme me rajaron la panza y pa colmo ni siquiera pude cargar a mi bebé, apenas y lo vi de lejos, no'mbre, nunca me había llevado un susto de ese tipo. ¿Cuándo se ha visto algo así? pero bueno, al final cuando por fin dejaron pasar a mi amá y mi esposo me calmaron diciéndome que lo importante era que el chamaco salió bien.

Y como un chamaco que se acerca temeroso porque rompió de un pelotazo las ventanas de una casa vieja, así se acercó Elizabeth, me miró y vio lo que había dentro, me dijo que tenía derecho a sentirme molesta, que lo que me habían hecho es ilegal. Resulta que es muy común y se le conoce como violencia obstétrica.

¿Tampoco habías escuchado de eso antes? Pues deja que te explique, resulta que la violencia obstétrica es el maltrato que sufrimos las mujeres antes, durante y después del parto. Todas las decisiones con relación al parto las debemos tomar nosotras, ningún médico puede intervenir sin consultar, justo así como me pasó a mí.

De haberlo sabido antes no se la hubieran acabado conmigo y me hubiera ido directito al Instituto Nacional de las Mujeres, a la Comisión Nacional de Arbitraje Médico, y hasta a la Comisión Nacional de Derechos Humanos. Esas fueron las instituciones que me recomendó Elizabeth, por si alguien pasaba algo similar a lo que me ocurrió, además me dijo

que hay una ley en específico para que las mujeres podamos vivir libres de cualquier tipo de violencia.

Quizá yo ya no podía hacer nada con lo que me pasó, pero no pensaba permitir que a nadie de mi familia o alguna amiga le sucediera lo mismo, si te digo que sólo por ser de fuera creen que pueden hacer lo que quieran al no saber nosotras. Y no, no, no, estaba yo en esos pensamientos cuando un gemido de dolor de Elizabeth me regreso la concentración.

-A ver, estar sentada no te sirve- le dije, pues lo que ella necesitaba era mover un poco su cuerpo y prepararse para el parto, así que la puse a caminar tantito en lo que le terminaba de acomodar las telas. -Qué bonitas están ¿usted las hizo?- me preguntó con dificultad.

A mi me enseñaron el oficio desde que era una escuincla, al igual que Amparo con la partería yo aprendí del telar por ser tradición familiar, algo que se enseña de generación en generación. Y no te creas, desde que era pequeña ya me cargaba este carácter, pero pues es que la vida quería que una mujer fuerte habitara sus tierras. Y bueno, en los momentos en los que quería sosegarme sólo había una cosa que me calmaba ¡el telar!

Y es que desde que una se sienta todo sucede por sí sólo, se van exten-

diendo los hilos a lo largo, luego se cruzan por aquí y por allá, surgen combinaciones de colores, de pronto ¡ploc! se asoman unas ranitas, comienzan a brotar flores, y llegan volando mariposas. Mi amá siempre me decía: -¡Qué bonito chamaca! ¿De dónde sacaste eso?-, y yo le contestaba sin dejar de tejer: -pues brincaron solos entre los hilos amá-. La verdad es que sólo a mi amá y a mis hijos les perdono el interrumpirme cuando estoy trabajando, ni a mi esposo. Y es que las manos encuentran los caminos que cruzar con los hilos ¡no pues sí da coraje perderlos! así es para los artesanos, cada trabajo es único.

Y bueno, regresando a la historia, después de contarle de mi oficio, Elizabeth volvió a soltar un grito de dolor. Estaba ya toda sudada, y no dejaba de recargarse en la pared con una mano y tomar su panza con la otra. Me comencé a preocupar porque aunque sabía como apoyar en un parto pues no soy partera, y Amparo no más no regresaba. Me puse a pensar que había hecho yo cuando mis hijos ya se querían asomar.

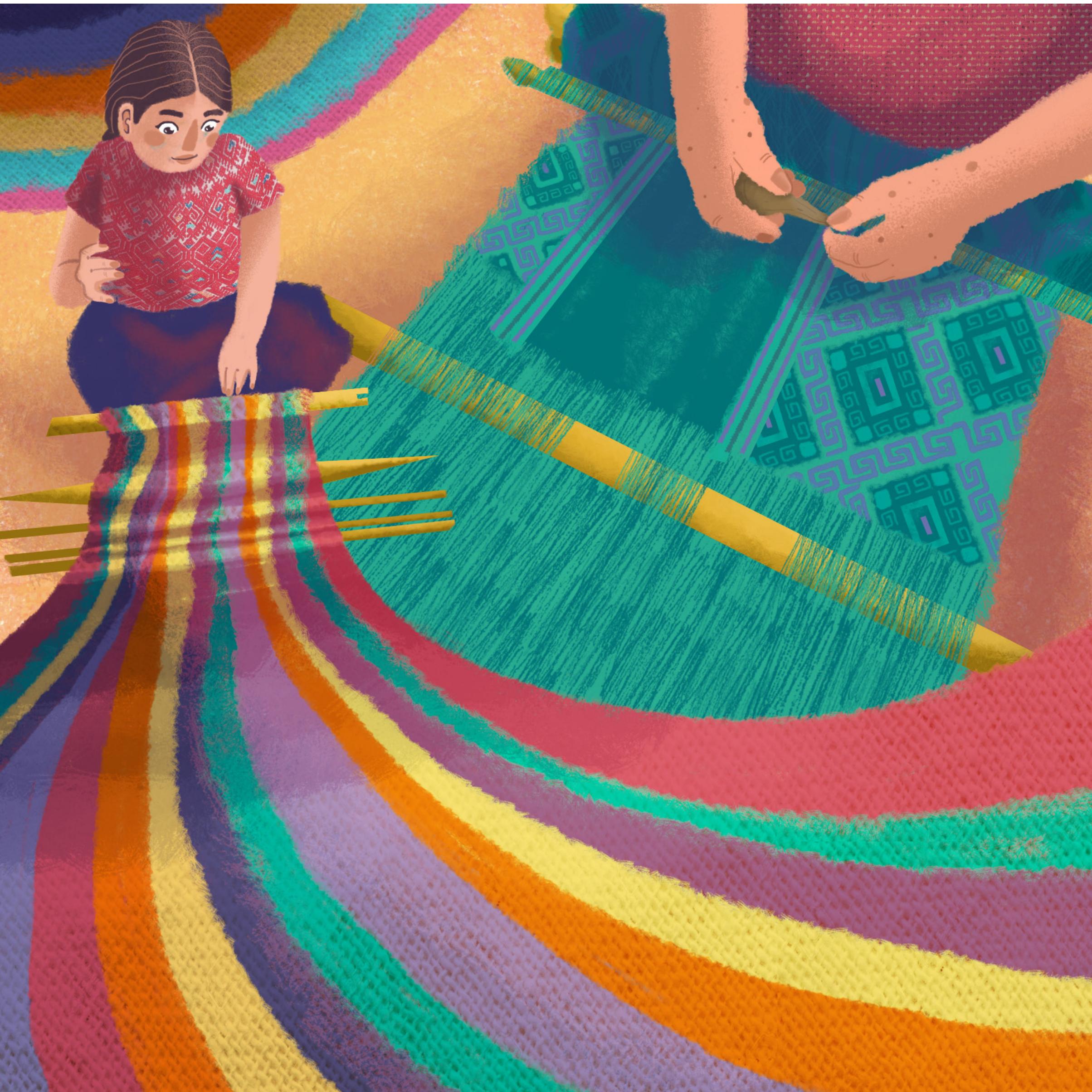
-¿Sabe que me ayudaba cuando yo estaba parturienta? ¡cantar! ¿no se sabe una cancioncita?- Le dije a Elizabeth a ver si de algo le servía. -Sí- me contestó con su respiración un poco agitada -mi abuela me cantaba cuando era niña.- y comenzó a cantar algo que a mi me resultaba muy familiar aunque en mis tierras no se escuchan esos cantos.

¿Qué si Amparo tardó mucho en llegar? ¡Pues es que esa mujer a veces peca de tranquila!, ha de creer que todos sabemos lo que va a pasar igual que ella.

Al llegar, dejó en el piso un par de cubetas de agua que sacaban vapor, Ixel traía una pequeña jícara. Al entrar al local se acercó a Elizabeth y de la manera más serena le dijo: -A ver hija, ahora sí, tú confía que todo va a estar bien, aquí estamos para ayudarte- no pues ya después de eso me regresó el alma al cuerpo.

¿Cómo fue el nacimiento de Inda Jani? Uy, me encantaría contarte pero ¿sabes quién es buena contando esa parte de la historia? No, Elizabeth no. Bueno, quizá ella podría contarte, pero nuestra persona favorita para eso es la tremenda de Ixel. Ven te llevó con ella, además seguro Elizabeth también te encontrará ahí, por lo general lleva a jugar a Inda Jani con Ixel después de la escuela.

Acompáñame, que al parecer tu recorrido ya casi va a terminar.



EL NACIMIENTO DE INDA JANI

Verás lo bien que te va a caer Ixel, no'mbre esa niña siempre ha sido tremenda. Sí ahora ya está más grandecita pero cuando nació Inda Jani era una escuincla, ¡pero bien abusada! Nos ayudó harto, llevaba los recados, traía las cosas, y como era una pirinola, pues rápido iba y venía.

Con esos ojos negros como canicas relucientes uno no podía adivinar que travesura escondía, ¡porque esa niña salía con cada ocurrencia! Así de chiquita presencié el parto y lo cuenta con una gracia

Aquí ya la conocemos y sabemos que siempre se anda metiendo a los puestos. Con Amparo pasaba horas ¡risa y risa la niña!. Un día que voy a ver que tanto hacía, y la voy viendo detrás de los frascos dónde Amparo guarda sus mezclas, pues con ellos se deformaba su cara. ¿Si te dijo don Eliseo el apodo que le puso? te digo que era tremenda esa chamaca y pa colmo creativa pues hasta una canción me hizo:

Tia Carmela vende juguetes

Aunque apriete los dientes

Mejor le hago cosquillas

Pa que no se enoje y se ría

Si la verdad es que el nacimiento de Inda Jani nos cayó rete bien, pues ahora Ixel ya no anda dando lata, parecen hermanas las escuinclas. Y es que Ixel es la última hija de don Santiago y doña Jacinta, el pilón como quién dice, pues el hermano que le sigue le saca 10 años y ya no quiere saber nada de juegos.

¿Escuchas esa risita? Mjm ya llegamos, ven te presento a Ixel. Ya Elizabeth no tarda en regresar, sirve que conoces a Inda Jani. Ixel te terminará de contar cómo recibimos a la bebé, vas a ver que es como ver una película. Yo ahorita regreso, tengo pendiente terminar unos huipiles. Ixel no andes de latosa y no me vayan a interrumpir, porque ya saben.

¡Hola! a ti nunca te había visto por aquí ¿Apenas nos visitas? Pues qué bueno que vinieras, es un mercado muy bonito. ¿Ya fuiste con don verdurin y mamá Amparo? ¡Ah ya, ya sé en qué parte de la historia te quedaste! ¿Por qué no estaba en la escuela? ¡Pues no había tenido clases! Pero de todas formas ese día aprendí muchísimo.

¿Cómo es vivir un parto a mi edad? Uhmhhhmm ¿Has visto como

el sol nace entre las montañas? Pues así no nacen las personas. Es más como si una mujer se convirtiera en volcán y explotará en gritos, agua de lágrimas y sudor, pero cuando ya sale el bebé ahí sí parece cuando sale el sol, porque Ina Jani iluminó todo, aunque el cuarto estaba oscurísimo.

Ese día nunca lo voy a olvidar.

Se habían llevado a Elizabeth al local que dejó doña Sara, era el más chico y divertido, tenía forma de kiosquito, redondo y pequeño. Cuando entré -¡Waoooooo!- parecía una cuevita, los mantos de tía Carmela cubrían todas las entradas de luz y cuando don verdurin prendió las velitas que yo había llevado, vi como las figuras de los mantos empezaron a bailar al ritmo de un canto que entonaba Elizabeth.

Aunque bueno... eso de que cantaba es un decir, pues entre que se quejaba y parecía como si riera y llorara a la vez. ¡Abría tanto los ojos! que sentí que se le iban a botar y luego los cerraba tanto como si los empujará hacia adentro. Estaba toda sudada y roja roja, como si se hubiera comido la salsa que le pone don Ignacio a sus tamalitos verdes ¡que están que no te la acabas!

Cuando llegó mamá Amparo, todos suspiraron y yo también porque me andaban pregunte y pregunte. Ella nos dio indicaciones, como si

estuviéramos a cargo de una importante misión. A tía Carmela le dijo que ayudaría a Elizabeth a cambiar su ropa y le pusiera un huipil para que se sintiera más cómoda. Después las dos le ayudaron a Elizabeth a agarrarse de unas mantas que estaban colgadas del techo. ¡Ah! y don Verdurin le ayudaba a mantenerse sostenida con ambos brazos, mientras, él hacía soporte tomándola de las axilas por si la fuerza se le iba, pues ya sabes él es ¡fuerte como un árbol!

Cuando menos me di cuenta no sólo Elizabeth sudaba, también nosotros, el calor se había encerrado, Mamá Amparo dijo que eso era necesario para que el momento en que bebé saliera al mundo no fuera tan brusca la diferencia entre estar dentro o fuera del cuerpo de su madre. -¡Pues que calor aguanta bebé ahí dentro, mejor que salga o va a quedar como pollito rostizado!- dije y Elizabeth se rió como pudo ¿o quizá sólo se quejó? No lo sé.

Mamá Amparo se sentó sobre un huacal, justo en frente de Elizabeth a la altura de sus piernas, y le acomodó el huipil. Tía Carmela gritaba pero no de enojo, decía: -¡No llore mujer, puje pues, puje!- y hacía unas respiraciones. -liiii ufffff iiiiii uffff- yo traté de imitarlas pero sólo me mareé y mejor me senté.

Y mientras yo sentía mucho aire en la cabeza, mamá Amparo prendió la

mechita del ombligo de Elizabeth, ya sólo vi cómo empezó a desinflarse su panza, y poco a poco se asomó una cabecita. Elizabeth tomaba aire y cuando tía Carmela le decía - ¡Puja!- Ella gritaba como si con eso jalaran cada parte del cuerpecito de Inda Jani y así se asomaron los hombritos, su pancita, sus piernas y al final sus pies.

¡Nunca había visto una bebé recién salidita del horno! De pronto se puso a llorar porque estaba toda sucia, en aquel momento pensé que quizá era tizne y que estaba a punto de rostizarse si se quedaba ahí más tiempo.

¡Era tan pequeña! que mamá Amparo la fue acomodando con mucho tiento en su antebrazo, y cuando estuvo totalmente afuera se la entregó luego luego a su mamá. Se la dio con todo y regalo, pues de la pancita de Inda Jani colgaba una cuerquita con una bolsita medio rara, yo pensé que a lo mejor era su regalo de cumpleaños, porque pues... era su cumpleaños, acababa de nacer.

-Tenía razón, es una niña- le dijo Elizabeth a mamá Amparo mientras cargaba y veía a Inda Jani. De su cara corrían ríos de sudor, o de lágrimas ¡quién sabe! pero sonreía y su sonrisa brillaba, como si Inda Jani fuera un solecito. Se puso a tararear la canción que estaba cantando antes, cuando de pronto mamá Amparo empezó a cantar junto con ella.

-¿Conoce la canción?- le preguntó sorprendida Elizabeth, -Esa canción es de mi comunidad, la cantaba con Aurelia, la que era mi mejor amiga en el pueblo- le contestó mamá Amparo.

¡¿Y qué crees?! Pues resulta que la abuela de Elizabeth era la mejor amiga de mamá Amparo cuando era niña, así como Inda Jani y yo. ¡En serio! lo que pasa es que cuando Elizabeth iba a visitar a su abuelita, mamá Amparo ya no vivía ahí, sino que andaba en varias partes del país aprendiendo y compartiendo, porque ya viste todo lo que sabe. ¡Don Verdurin, tía Carmela y yo quedamos con la boca abierta! así como tu ahorita. ¡¿Quién iba a decir que Elizabeth era casi de la familia de mamá Amparo?!

Después mamá Amparo cortó la cuerquita que colgaba del ombligo de Inda Jani con todo y bolsita. Le pasé unos mantos bien suavitos y le acerque la jicarita con un poco de agua calentita. -Gracias a todas y a usted don Eliseo- dijo Elizabeth.

Mamá Amparo también le agradeció. Muy contenta volvió a entonar la cancioncita y aunque nosotros no la sabíamos también la tarareamos para darle la bienvenida a Inda Jani, ¡estábamos tan contentos! que nuestro corazón era un tamborcito que acompañaba la melodía. Ya después de todo llegó una ambulancia y se llevaron a Elizabeth e

Inda Jani sólo para revisarlas porque el trabajo de mamá Amparo y su equipo, había sido excelente, o al menos eso dijeron los paramédicos.

Al otro día le pedí a mamá Aparo que me enseñara esa canción para cantarla cuando nos visitará en el mercado, y así es como Inda Jani está aprendiendo algunas palabras en zapoteco, otras que yo le digo en náhuatl y hasta a imitar algunos regaños en tzotzil de tía Carmela.

También le he enseñado que en este mercado hay muchos mundos ¡sí, porque cada puesto tiene su magia! aunque somos diferentes eso no nos hace querernos menos. ¡Todos tenemos los mismos derechos! como dice Elizabeth. Por eso es bonito el mercado nohuichana.

¿Inda Jani qué me ha enseñado? Pues nuevos mundos que visitar... y también que por muy cerca o lejos que hayamos nacido al final los caminos se cruzan, así como los mantos que teje tía Carmela.

¡Mira, ahí vienen Elizabeth e Inda Jani!

¡Inda Jana, con cuidado al correr mi amor!... Lamento haberme demorado un rato. Este solecito es mi hija, te la presento. Aproveché para pasar por tío Eliseo, Carmela y mamá Amparo para podernos reencontrar contigo e Ixel.

Entonces, ¿Qué te ha parecido? ¿Te gustó el olor del puesto de mamá Amparo? Seguro te contó cómo platica con las plantas, hay que practicar mucho para poder escucharlas.

¿Te mostró tío Eliseo sus pasos de Tlacololero? cómo no se va sentir alegre si comprende y bendice el ciclo de la vida. Todos los campesinos merecen que se reconozca y dignifique su trabajo, sin ellos no comeríamos.

¿Y con Carmela como te fue? ¡Dime que no la agarraste a mitad de un trabajo! A ella le debo mucho, me hizo comprender la fuerza que tenemos muchas mujeres.

Y de esta tremenda ni hablar ¿Seguro también te sorprendió que Ixel siendo tan pequeñita ayudará en un parto?

Nosotros somos el mercado nohuichana, ¿Recuerdas lo que te dije de las causalidades? pues Nohuichana significa “cuando el destino de las personas se cruzan” por eso, a pesar de que el mundo es muy pequeño, en este lugar me encontré con una familia. Gracias a eso entendí cómo estamos conectados con todo en este hermoso planeta, porque a pesar de los miles de kilómetros la mejor amiga de mi abuela le dio la bienvenida a mi bebé.

Mamá Amparo es la mujer más sabia que conozco, el día que Inda Jani nació, al tenerla en sus brazos reconocía los rasgos que aún quedan de mi abuela en ella, y con mucho amor me dijo:

-Gracias hija, la verdad es que con tu presencia entendimos cosas que antes no sabíamos y recordamos muchas otras que ya habíamos olvidado. Para nosotros ha sido una gran alegría acompañarte en el recibimiento de esta criaturita. Ya ves como las raíces del árbol, aunque se separan, abajo de la tierra se encuentran y se dan cuenta que son parte del mismo árbol. -

Nunca voy a olvidar sus palabras, y espero que tú tampoco.

Nos alegra saber que has disfrutado de este recorrido, quizá no sea la única vez que te tengamos de visita. Y ten por seguro que si nos llegas a necesitar aquí encontrarás consejos para evitar abusos.







INPI

INSTITUTO NACIONAL
DE LOS PUEBLOS
INDÍGENAS



México, 2021

